

“El jorobado fuera de su isla”

Miguel Espinosa

Quien sale de la isla,
da ocasión a la dialéctica de los otros.
Dicen unos: vemos su joroba, pero callamos.
Dicen otros: He aquí cuanto hemos descubierto:
no tenemos joroba, lo cual conocemos
ciertamente al ver la joroba de éste.
Dicen así, y son tuertos, y cojos,
y babosos, e inmundos, y carecen de dedos;
empero, advierten que no tienen joroba.
Dicen otros: Al aceptar la joroba de éste,
nos descubrimos tolerantes, y, por este modo,
de nosotros sabemos nuevas cosas.
Hablan así, y sin embargo son enclenques
y pajizos, y han vendido a su madre,
y su color es la pura envidia de ser.
Quien sale de la isla, mi amiga,
sirve al mal de los otros.
Por eso, el jorobado debe quedar
en la Isla de los Jorobados.
No es que exista allí el Paraíso,
ni siquiera para los jorobados.

En efecto: con la sombra de sus jorobas
auestas, los jorobados, en la isla,
se odian, se denuestan, mienten
y se dicen terribles palabras;
pero no se imputan las jorobas,
pues la joroba es allí una forma del ser.

Por eso, el jorobado debe quedar
en la Isla de los Jorobados.

Nada hay más triste que la aparición
del jorobado en la reunión de los otros
lisiados, y el silencio de todos sobre
la joroba: lo que más se ve,
es lo que más se calla, y, en consecuencia,
lo que más resalta.

¿Y por qué ha de aceptar el jorobado
que los otros malditos y lisiados
le imputen y acepten, benevolentes,
la joroba?